

El refugio de Mariana

Gabriela Campos



Índice

1	7
2	13
3	17
4	21
5	25
6	29
7	33
8	37
9	41
10	47
11	53
12	57
13	61
14	65
15	69
16	73
17	79
18	83
19	87
20	93

1

Contar el número de pasos a veces ayuda a medir el tiempo. Ayuda, por ejemplo, a saber cuánto falta para que pase el bus del colegio en las mañanas. Incluso al sentarse, se puede simular que se camina y de esta forma medir el tiempo, contando los segundos. Se camina, o se finge caminar, para que sea un poco menos aburrido, para tener un ritmo al contar el tiempo. A Mariana le gusta ver el reloj, notar que son las cinco de la tarde y saber que después de dar dos mil cuatrocientos pasos, su mamá regresará a casa después del trabajo.

También le gusta salir del condominio, porque a veces se siente asfixiada dentro de ese lugar en el que todas las casas son iguales: casas cuadradas y blancas, con teja corinta y ventanas de rejas negras. Y por si fuera poco, todos los vecinos, sin ponerse de acuerdo sembraron hortensias en los arriates; lo único que cambia es el color, unas son rosadas, algunas son moradas y otras celestes. Las hortensias de la casa de Mariana son moradas.

A veces utiliza la excusa de ir a la tienda más cercana para atravesar la garita y de vez en cuando pide permiso,

para evitar levantar sospechas de sus constantes fugas. Pero ese día, una de las tardes en las que salió sin avisar, algo la delataría.

8 Apenas salió, en las afueras del condominio escuchó un débil maullido. Mariana estaba desorientada, pues libraba en ese momento una batalla contra el viento que la atacaba tapándole la cara con su propio pelo y levantándole la falda del colegio. Marzo suele ser así, especialmente en esa parte de la ciudad, en donde todavía hay fragmentos de bosque, con árboles muy altos que favorecen que el aire circule. Pero en ese preciso instante resultaba muy desafortunado para Mariana, que tenía que retirar el pelo de su cara al mismo tiempo que intentaba sujetar la falda contra sus piernas.

Había que tomar una decisión: o fingía ignorar lo que había escuchado, o regresaba a buscar al gato que aparentemente estaba en problemas. Pero ¿qué le diría su mamá si regresaba con un gato? Además, eso también pondría en evidencia sus frecuentes fugas. Pero se conocía bien y sabía que dejar al animal a su suerte la atormentaría durante varias noches. Lo pensó, intentó quedarse tranquila durante unos segundos más y estos le parecieron eternos. Había perdido la cuenta de los pasos que caminó.

Dado el caso, era mejor que su mamá la encontrara en la casa con el gato a que la viera en la calle con un pelo de loca y muy confundida. No quería que nadie se enojara con ella, pero sabía que se enojaría más con ella misma si no ayudaba al gatito. Dio media vuelta e intentó calmar su mente para escuchar de nuevo los maullidos. «Mish,

mish, mish, mish», llamó. Y de pronto, ahí estaba. Unos grandes ojos verdes asustados la veían. El gato estaba tan enfermo que sus ojos ocupaban gran parte de su escuálida cara. Parecía un pequeño tigre gris y tenía las orejas más peludas que cualquier otro gato que Mariana hubiera visto.

Se quitó el suéter y envolvió al gatito. Lo abrazó con mucha delicadeza mientras caminaba muy preocupada de regreso a casa, ya que por momentos el pobre gatito parecía desvanecerse. Veía su carita; tenía un delineado negro perfecto sobre sus ojos, una manchita negra en su nariz rosada y un arco en forma de «m» en la frente. ¿Quién sería su mamá? ¿Por qué estaría solo? ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? ¿Alguien más lo habría escuchado?

9

Cuando llegó a casa y su hermano Diego vio al gatito, se emocionó mucho por tener una mascota. Quería jugar con él, sacarlo al jardín y darle de comer. Estaba muy inquieto, pero es normal que los niños a esa edad sean así, además de pasar todo el tiempo preguntando porqués.

—¿Por qué te fuiste? ¿Por qué no teníamos antes al gatito? ¿Por qué no le has dicho nada a mami? ¿Por qué huele así tu suéter? ¿Por qué llora el gato?

Diego tenía seis años y estaba aprendiendo a leer. Era un poco imprudente, pero Mariana trataba de ser paciente. Lo quería mucho, aunque a veces la aturdía con tantas preguntas.

—Porque sí —le contestó Mariana. Y Diego quedó bastante satisfecho con esa respuesta; le gustó más que todas las explicaciones que intentó darle Mariana antes.

El niño solía entretenerse arrancando flores en el jardín, coleccionando piedras y hasta comiendo tierra algunas veces; también le gustaba construir edificios con los cojines de los sillones y jugar con la tableta. Le encantaba, además, acompañar a Mariana cuando salía de casa, aunque a su hermana mayor no le gustaba sacarlo del condominio. Salían juntos siempre y cuando no traspasaran la garita. Lo que Diego no sabía era que a Mariana no le gustaba que la vieran en público con su familia.

10 El motor del carro de mamá se empezaba a escuchar a lo lejos. Mariana sintió un agujero imaginario expandiéndose en su estómago. Era similar a la sensación que tenía cuando salía sin permiso y no calculaba bien el tiempo. No podía esconder al gato; era urgente llevarlo al veterinario, bañarlo y cuidarlo. Pero no sabía cómo hacerlo, al menos no sin la ayuda de su mamá. Los hermanos se sentaron en la sala con el gato envuelto entre el sudadero.

Lorena es una mujer con mucha presencia. Todas las amigas de Mariana piensan que tiene una mamá muy guapa. Su pelo castaño rojizo llama la atención, sobre todo en los días soleados. Nunca usa tacones y es muy sigilosa, tampoco suele perfumarse. Eso resulta un tanto confuso para Mariana, porque a veces le dificulta escabullirse de su madre, ya que le cuesta darse cuenta de si está cerca o no está.

Así que por ahora con lo único que contaba para saber de la presencia de su mamá era el ruido del carro. Un carro gris, como todos los del condominio, la única diferen-

cia era el escape roto que nunca arreglaban. Al contrario de lo que le ocurría a Mariana, Diego estaba ansioso de poder mostrarle el gatito a su mamá. Ya quería escogerle nombre, inventarse un cumpleaños y comprar juguetes para el nuevo habitante.